



ANTROPOLOGIAS

Este trabajo que ponemos a la consideración de los lectores, interesa -entre otras cosas- por ser la obra de un estudioso de la pre y protohistoria de la porción anglosajona de América del norte, que no es miembro (aunque tampoco, hay que aclararlo, un crítico despiadado) de la corriente neopositivista. Por el contrario, podría ubicárselo junto con los que bregan por la vigencia del pensamiento de Vere Gordon Childe; ésto significa situar a la arqueología (prehistoria), así como también a la etnohistoria (protohistoria), en el campo de la Historia. El nos habla de abismo existente en la antropología norteamericana entre el "nosotros" y "todos los otros"; situación que es clara manifestación del transfrontero político e ideológico de todas las Ciencias Sociales. Cuando éstas se ocupan de "todos los otros" (los indígenas americanos) dá la impresión de que en muchos casos aún no se ha superado en EEUU. el papel de la antropología positivista victoriana como enteneda de la expansión capitalista. Como lo manifiesta Trigger, los habitantes de Europa, por ejemplo, al referirse al "nosotros" pueden invocar remotos orígenes que, en diversas circunstancias, también han servido a fines políticos específicos; tal el caso de G. Kossina y su "prehistoria" al servicio del nacional-socialismo alemán. O bien como afirma Lumbreras: "Para la mayor parte de estos pueblos de Asia, Africa y América Latina, la "prehistoria" es su única historia nativa o es la parte mas importante de su historia. ... Además, para los pueblos de Asia, Africa y América Latina, cuya "historia" comienza con la llegada del capitalismo imperialista, practicamente la arqueología es su única posible disciplina histórica y, consecuentemente, fuente primaria para la construcción de una teoría sobre el proceso de cada uno de estos países, ...". Pero la situación de los norteamericanos de ascendencia europea es otra, alineados como están del compromiso histórico y social que implica la indagación del pasado.

Trigger aborda el tema desde una perspectiva ética, por ejemplo, cuando censura a los arqueólogos "blancos" que excavan cementerios o que exhiben esqueletos y objetos ceremoniales en los museos, sin tener en consideración los sentimientos de los indígenas actuales. La preocupación de los antropólogos norteamericanos por las cuestiones de ética profesional, parece ser de candente vigencia desde la guerra de Vietnam, sin que se descubra, en muchos casos, el componente político. Lo real es que los indígenas, en la medida que toman consciencia de su pasado (o, más bien, de su sometimiento actual), se niegan a ser considerados como "curiosidades"; cuando decimos ésto, estamos pensando en exhibiciones de nativos

americanos en exposiciones y ferias europeas del siglo pasado.

Con respecto a su formación académica, Trigger mismo nos relata que a fines de la década de los 50, cuando era estudiante en la Universidad de Toronto, se sintió influenciado por los planteos de la antropología social inglesa. Pero fue F.M. Heichelheim, que dictaba un curso de historia antigua en la misma Universidad, quien lo estimuló para que continuara con la lectura de la obra de V. Gordon Childe. En ésta aprendió que la arqueología prehistórica tiene por objeto el estudio de las tendencias a largo plazo de las sociedades. Asimismo, que los fenómenos que estudia la arqueología son casos específicos demostrativos de principios generales.

De este modo, al considerar tanto los hechos específicos, como las regularidades interculturales que aparacen en el registro arqueológico, se logra una explicación a la vez histórica y científica; en consecuencia, debe considerársela como una disciplina histórica. Este enfoque nada tiene en común con la arqueología que se practicaba en ese momento en los EE.UU., dedicada como estaba a la cronología cultural. Al cursar el post-grado en la Universidad de Yale, se acentúa su insatisfacción con el enfoque tradicional, lo cual lo encamina a estudiar con más profundidad la producción de V.G. Childe, Grahame Clark y los antropólogos sociales ingleses. Llegó al convencimiento de que la evidencia arqueológica debe considerarse como elementos fosilizados de pasados sistemas sociales. Pese a su rechazo por la arqueología tradicional, no se embarcó en la denominada "nueva arqueología", entre otras razones, pero fundamentalmente, a causa del ahistoricismo y provincialismo de esta corriente.

Detrás de las diferencias indicadas, asoma la siguiente interrogante: ¿son la arqueología -y también la etnohistoria- esencialmente, disciplinas históricas, a la vez que científicas, que tratan de explicar el desarrollo de la humanidad? ¿o, por el contrario, forman parte de la antropología que -según los neopositivistas- deriva su pretendido rigor "científico" del hecho de considerársela una disciplina generalizadora que establece leyes generales de validez universal referidas a la conducta humana?

- (1) Lumbreras, L. G. s./f. *La arqueología como ciencia social*, Ediciones Librería Allende, México pp.30 y 33
- (2) Rosen, Lawrence. 1980. "The Excavation of American Indian Burial Sites. A problem in Law and professional Responsibility", *American Anthropologist*, 82,1, Washington D.C., pp. 5-27
- (3) Trigger, Bruce G. 1978. *Time and Traditions. Essays in Archaeological Interpretation*, Columbia University Press, New York.

José Antonio Pérez.

(Depto. de Prehistoria -INAH)
México, D. F.; mayo de 1980.

ARQUEOLOGÍA Y ETNOHISTORIA

El objetivo de este trabajo es examinar qué es la etnohistoria y cuál puede ser su papel futuro, en particular en relación con la arqueología. No hay mejor camino para comenzar que considerar el origen y temprano desarrollo de la etnohistoria.

ETNOHISTORIA

Es sorprendente que la etnohistoria, o algo que se le parezca, no se haya desarrollado en Inglaterra ni en el continente europeo. Tres disciplinas estudian las pasadas actividades de los seres humanos en Europa: folklore o etnología europea, historia y prehistoria. El folklore trata de las tradiciones preindustriales de Europa que se conservan en la vida campesina moderna, en las tradiciones orales, canciones, bailes y en la cultura material. La historia examina los cambios en diversas facetas de la sociedad y cultura europeas que han quedado registrados principalmente en las fuentes escritas; la prehistoria extiende el estudio de las actividades humanas a los tiempos ágrafos mediante los datos arqueológicos. Desde las postrimerías del siglo XIX ha existido en Europa la conciencia de que hay una cercana afinidad entre la historia y la arqueología prehistórica. Se reconoce que lo que nos pueden decir los datos arqueológicos es muy distinto de lo que nos revelan las fuentes históricas; esto se hace patente en campos tales como los estudios medievales, en los cuales los dos enfoques son usados de manera complementaria. La arqueología, a pesar de sus limitaciones, ha sido considerada como un medio para ampliar el conocimiento de la historia europea en períodos para los cuales se

carecen de testimonios escritos. Este sentido de continuidad ejerce una influencia importante aún en situaciones en las cuales es claro que los habitantes de una región están por completo desvinculados de los pueblos que vivieron allí en épocas históricas. El confeso materialista V. Gordon Childe (1925: XV) consideraba a los europeos prehistóricos como sus "antecesores espirituales" y a sus logros como parte de la herencia cultural viviente.



En Norteamérica las circunstancias históricas han dado lugar a una clasificación por entero diferente de estas disciplinas. La historia se ha ocupado casi con exclusividad de los canadienses o estadounidenses blancos. En contraposición, la antropología se ha desarrollado como el estudio de los pueblos indígenas del continente. Sus cuatro ramas tradicionales tratan de: las culturas indígenas, la prehistoria, las características físicas y las lenguas. La distinción entre "nosotros" y "todos los otros"; actitud que cuando aparece entre pueblos tribales es interpretada por muchos antropólogos como una manifestación de etno-

centrismo primitivo. Debido a que la antropología relega al estudio de los pueblos tribales no occidentales a una disciplina separada, en años recientes ha sido duramente criticada y rechazada en muchas partes del Tercer Mundo. Es una situación comprensible aunque desafortunada, ya que la mayoría de los estudiosos del siglo XX que se han llamado a sí mismos antropólogos eran relativistas culturales. A pesar de las críticas que hoy puedan hacerse a sus posicio-

nes políticas y sociales, estos antropólogos lucharon con más tesón que otros académicos en contra del racismo y de las visiones peyorativas de los pueblos indígenas y de sus culturas.

Los programas de estudio en antropología americana no tenían en cuenta a la historia indígena, excepto en lo referente a la prehistoria. En parte, esto puede ser el reflejo de la implícita creencia del siglo XIX de que los indios no tenían una historia propia. Tal postura es un compendio de prejuicios muy difundidos. Algunos blancos admitían que los indios podían tener historia, pero sostenían que en ausencia de documentación ade-

cuada no había manera de que pudiera ser estudiada. Otros argumentaban que antes del contacto con los europeos, las culturas indígenas habían cambiado muy poco y que lo ocurrido con posterioridad era un proceso de declinación y asimilación de muy escaso interés histórico.

En Canadá, A. G. Bailey (1937) fue alentado por las investigaciones de Harold Innis (1930) sobre el comercio de pieles, para escribir la primera monografía seria de historia indígena bajo la forma de un estudio de las relaciones entre europeos y algonquinos en Canadá oriental antes de 1700. Por desgracia este libro fue publicado en una serie poco conocida y en un mal momento, por lo que no recibió la atención que merecía. En consecuencia no estimuló otras investigaciones similares. La actual preocupación por la historia indígena deriva del interés por los procesos de aculturación que tuvo lugar en la antropología norteamericana en los años treinta (Spicer 1968; Redfield, Linton and Herskovits 1963). Los estudios de aculturación aspiraban a tener un valor práctico; al descubrir cómo las culturas indígenas habían sido afectadas por diferentes formas de dominación blanca, los antropólogos podían asesorar a los gobiernos con mayor conocimiento y asistirlos en promulgar disposiciones más humanitarias en el trato con los indios. Ahora se hace evidente el paternalismo de este punto de vista. Los críticos radicales a esta posición olvidan las intenciones benévolas, y no maquiavélicas o explotadoras, que tenía la mayoría de estos estudiosos.

Un resultado benéfico de los estudios de aculturación, fue que por primera vez hicieron consciente la importancia de comprender la secuencia de cambios por los que habían

por Bruce G. Trigger

pasado las culturas indígenas individuales desde el primer contacto con los europeos. También se hizo patente que el vacío existente en el conocimiento antropológico entre el período prehispánico, estudiado por los arqueólogos, y el pasado, como era recordado por el más viejo informante nativo del etnólogo, debería ser cubierto mediante la investigación histórica. Trabajos tales como *Perspectives in American Indian Culture Change* (Spicer 1961) y *Cycle of Conquest* de E. H. Spicer (1962) son hitos en el desarrollo de los estudios de aculturación, y que ya para esa época se habían transformado en lo que se denomina etnohistoria. Desde entonces ésta, aunque descrita como un método por muchos de quienes la practicaban, ha logrado ser reconocida como una importante subdisciplina dentro de la antropología.

Al igual que la historia, la etnohistoria depende principalmente de los documentos escritos como fuente de información. Algunos pueden ser viejas etnografías, pero la mayoría son crónicas, memorias e informes; precisamente del mismo tipo de los que usan los historiadores profesionales. Pero si bien los documentos usados por los etnohistoriadores son de la misma índole que los de los historiadores, los métodos necesarios para estudiarlos son más complejos y exigentes. Para practicar la etnohistoria se requiere de la misma idoneidad en la crítica de documentos que la que posee un historiador profesional. El etnohistoriador estará capacitado para evaluar la autenticidad y precisión de las fuentes primarias; cotejará e investigará en detalle diversas copias de un manuscrito y evitará la tentación del aficionado de preferir la versión más acorde con su propia interpretación. No debe suponerse que un documento histórico quiere decir lo que expresa. Es necesario tener en cuenta las parcialidades y posibles engaños de autores y editores, así como también las palabras ambiguas, manuscritos mutilados o mal copiados, errores de imprenta y ediciones defectuosas.



Pero el etnohistoriador depende por lo general de la evidencia documental que fue producida no por el pueblo que estudia, sino por los miembros de otra cultura radicalmente distinta. Estos no pueden tener, como lo tendría un indígena, una comprensión cabal de la información que registran y con frecuencia es grotescamente errónea o deficiente. Como lo ha señalado Spicer (1962:22), hasta bien entrado el siglo XX no hay casi evidencia directa de las opiniones y sentimientos de los indígenas respecto a los tremendos cambios que introducía en sus vidas el contacto con los europeos. Para evaluar e interpretar este material, aún de manera rutinaria, el etnohistoriador debe tener un conocimiento etnográfico detallado del pueblo que estudia. Es imposible proyectar hacia el pasado o el futuro con la certeza de que no han sufrido cambios los patrones de conducta registrados en un momento específico. De todos modos, un amplio conocimiento del grupo que es estudiado y de las culturas con él relacionadas, tal como existen en el presente y como fueron registradas en el pasado por etnólogos profesionales, facilitará -mucho más que los métodos históricos convencionales- la comprensión y perspectivas críticas del verdadero significado de los documentos históricos. Así, es posible para los etnohistoriadores comprender el significado que tienen, para los indígenas, las conductas que no eran evidentes para los blancos que hace tiempo las registraron.

El etnohistoriador depende más de las fuentes auxiliares de información que el historiador común. En muchos estudios las tradiciones orales constituyen un elemento importante, y la tarea de recopilarlas requiere de un trabajo estrecho con los informantes indígenas. También necesita de la información arqueológica para complementar los documentos escritos en el estudio de la naturaleza de las culturas indígenas en el período inicial o anterior al contacto con los europeos. De igual modo es importante la evidencia lingüística, no sólo para determinar relaciones históricas entre diferentes grupos, sino para estudiar diversos aspectos del cambio cultural durante el período histórico. El uso de esta información para interpretar y complementar los registros históricos muchas veces fragmentarios y parciales, requiere de un oficio más amplio que el de la historia. Por supuesto que es imposible ser igualmente competente en todas estas disciplinas. Pero cada etnohistoriador deberá poseer el suficiente conocimiento de ellas como para reconocer cuándo diferentes tipos de información le serán útiles en su trabajo; entonces solicitará la asistencia de los especialistas y podrá entender sus conclusiones.

Metodológicamente el etnohistoriador debe utilizar tanto la pericia del historiador como la del antropólogo. Si carece de la suficiente familiaridad con las técnicas de la crítica histórica seguirá siendo un *dilettante*, por más que esté muy bien preparado en antropología. Por otra parte, el historiador que no co-

nozca lo que tiene que decir la antropología respecto de las culturas indígenas, estará incapacitado para develar y neutralizar los prejuicios, equivocaciones y distorsiones deliberadas que inevitablemente colorean la mayoría de los tempranos testimonios de las relaciones entre indígenas y blancos. La etnohistoria no puede desarrollarse sin fuertes vínculos metodológicos entre la historia y la antropología. Un historiador profesional no puede hacer investigación etnohistórica provechosa sin adquirir el suficiente conocimiento de la antropología; a su vez, un antropólogo deberá tener un manejo de la metodología histórica y de facetas de la historia de los blancos que sean relevantes para su trabajo.

A pesar de esto, los resultados de la investigación etnohistórica no son, en esencia, diferentes de los estudios históricos corrientes, toda vez que es particularmente cercana su semejanza con la historia social. Si bien hay alguna controversia en cuanto a cuáles deberían ser los objetivos de la etnohistoria, la mayoría de los etnohistoriadores parecen estar interesados en usar documentos históricos, tradiciones orales y fuentes auxiliares de información para reconstruir y explicar la historia de los pueblos ágrafos. Harold Hickerson (1970:7) considera que estos son los pasos iniciales que proveen de material para formular leyes generales del comportamiento humano; si bien la caracterización nomotética de la etnohistoria puede emplearse para reclamar un estrecho vínculo entre la etnohistoria y la antropología, más que con la historia, los argumentos no son válidos. Los estudios históricos corrientes, no menos que los etnohistóricos, pueden ser usados (y lo son) como base para generalizaciones respecto de la conducta humana por todo tipo de científicos sociales, incluyendo a los historiadores.

Por lo general se admite que no puede reverse en base a leyes generales de la conducta humana una secuencia específica de desarrollo histórico, por la misma razón que no podemos predecir el desa-

rollo futuro preciso de nuestra propia sociedad. Esto no quiere decir que la conducta humana no muestre regularidades; en realidad refleja la complejidad de los factores de conducta que influyen un suceso histórico particular, así como también los múltiples parámetros de la naturaleza que la afectan. Si bien el conocimiento total de un proceso histórico complejo es imposible de lograr en un sentido predictivo -positivista-, son de considerable importancia las comprensiones parciales que pueden elaborar los historiadores cuando se enfrentan a tales dificultades.

Si se admite que los estudios históricos tienen un valor práctico, entonces carece de todo sentido el empleo del rótulo de etnohistóricas -como opuestas a las históricas- para ciertas investigaciones, ya que sólo sirve para perpetuar la odiosa distinción entre sociedades con escritura o sin ella. Sin saberlo, contribuye a reforzar el punto de vista de que los indígenas no tienen una verdadera historia, o que es diferente en algún modo esencial de la historia de los blancos. Si bien la etnohistoria puede designar la metodología necesaria para estudiar la historia de los pueblos ágrafos, en mi opinión no deberá denotar una disciplina para tal fin. Debemos esforzarnos para llegar al día en que los norteamericanos blancos considerarán a la historia de los iroqueses, ojibwa o creks del mismo modo que a la historia de los pueblos inglés, magyar y lituano. Todos seremos espiritualmente más sanos cuando tales estudios, ya sean escritos por antropólogos o historiadores profesionales, sean aceptados como historia carente de doble nacionalidad.

ARQUEOLOGIA

Estamos ahora en condiciones de considerar la relación entre arqueología e historia indígena. Antes de los años 20, los arqueólogos a menudo recurrían a las fuentes escritas, tradiciones históricas y a la etnografía para explicar sus datos. En la mayoría de los casos usaron estas fuentes

auxiliares de manera ingenua o con poca pericia; en efecto, la razón principal de que los arqueólogos las usaran era que había muy poca información arqueológica disponible para hacer interpretaciones con base solamente en ella. Durante este período se desvalorizaba la evidencia del desarrollo cultural; por tanto, el registro arqueológico parecía confirmar la creencia de que las culturas indígenas habían cambiado muy poco en tiempos prehistóricos. Cuando el cambio era obvio, como en el caso de los grupos culturales que construyeron montículos ceremoniales, se recurría a reemplazos drásticos de población para poder establecer la secuencia de desarrollo.

Hacia la década de los 20 la arqueología norteamericana había entrado a una nueva fase caracterizada por intensivas excavaciones estratigráficas y por el notable hincapié en definir culturas arqueológicas y elaborar cronologías culturales. Se puso empeño en tratar de establecer el desarrollo cultural prehistórico de regiones particulares; pero, aún así, durante varias décadas la aproximación histórica no condujo a los arqueólogos más allá de la definición de cronologías culturales.

La aceptación de la "nueva arqueología" ha supuesto el rechazo implícito de la historia ya que a ésta se le asigna, cuando mucho, apenas un "...papel en la educación general del público..." (Binford 1967:235). Ahora la función principal de la información arqueológica es comprobar hipótesis relativas al proceso cultural y social, con el objeto de obtener leyes generales que sean útiles en la administración de la sociedad contempo-

ránea. Bajo la influencia de esta filosofía, muchos arqueólogos norteamericanos ya no tienen como meta primordial el conocimiento de la prehistoria de regiones específicas, sino que consideran los datos bajo estudio, al igual que muchos antropólogos sociales, como casos aislados que pueden ser usados para comprobar cualquier hipótesis que en ese momento les interese. En consecuencia, los arqueólogos norteamericanos tratan de hallar la razón de ser de su disciplina como integrada en la disciplina generalizadora más amplia que es la antropología. De este modo, la "nueva arqueología" ha contribuido a ensanchar en América del Norte la separación entre historia y arqueología prehistórica. Además de la distinción tradicional entre la antropología, que se refiere a los indígenas, y la historia, que se refiere a los blancos, hay ahora una nueva dicotomía entre la historia, que trata de explicar fenómenos específicos (sí es que los "nuevos arqueólogos" están dispuestos a admitir que la historia explica algo acaso) y la antropología (incluyendo la arqueología) que busca formular y comprobar leyes generales.

Mientras que la arqueología europea, y en particular la británica, no se ha salvado de la influencia de la "nueva arqueología", esta influencia no ha roto aún los vínculos tradicionales entre historia y arqueología prehistórica. La información arqueológica sigue siendo valorada por el conocimiento que suministra acerca del desarrollo cultural

y la historia étnica de Europa. Tal vez no sea injusto considerar que la actitud ahistórica y distante de muchos arqueólogos norteamericanos hacia los datos arqueológicos es la última manifestación de la alienación inconsciente de los arqueólogos blancos para con los pueblos indígenas cuyos restos estudian. Esos arqueólogos pueden creer de buena fe que el pasado de los pueblos indígenas constituye un "laboratorio" conveniente para verificar hipótesis respecto del desarrollo socio-cultural y la conducta humana. Pero para los pueblos indígenas, en cambio, tal actitud debe resultar altamente ofensiva. La falta de consideración fue racionalizada a un extremo tal que los arqueólogos blancos se permitieron excavar cementerios y exhibir en los museos esqueletos y objetos ceremoniales sin tener en cuenta los sentimientos de los indígenas actuales.

El dogmatismo de la "nueva arqueología" en ese aspecto es más de lamentar debido a que ha logrado considerables avances en la comprensión del significado de los datos arqueológicos. Con esta tarea se ha logrado asentar las bases para una mejor interpretación de tipo histórico como no era posible antes. Si se está de acuerdo en que el estudio de la historia indígena es de valor, se vuelve lógico, entonces, usar la información arqueológica para extender hacia atrás esa historia a tiempos prehistóricos, a la vez que se la libera, en alguna medida, de las limitaciones y parcialidades de sus fuentes documentales europeas. La información arqueológica nos revela con claridad que antes de la llegada de los europeos las culturas indígenas no estaban estáticas; en muchos casos nos sugiere un mayor nivel de desarrollo político y económico del que se desprende de los más tempranos testimonios históricos y etnográficos, pues estas culturas ya estaban desorganizadas como resultado del contacto indirecto o directo con los europeos. Los cambios en el período prehistórico tardío pueden ser importantes para comprender cómo determinados grupos



indígenas respondieron al contacto con los blancos. En otro lado he sostenido que la respuesta inicial de varias tribus iroquesas se conformaba al patrón de cambio que tenía lugar dentro de estas sociedades en tiempos prehistóricos tardíos. La desorganización o reorganización de la cultura indígena sólo ocurrió cuando los patrones de cambio existentes se mostraban como totalmente inadaptables a las nuevas circunstancias (Trigger 1976). La información arqueológica es valiosa no sólo porque nos provee de una ampliación de la historia, sino porque también ayuda a entender con mayor plenitud el período histórico temprano.

Los etnohistoriadores usan ya de rutina la información arqueológica de esta manera. Los arqueólogos, por su parte, utilizan los datos etnográficos como fundamento de lo que se ha llamado la aproximación histórica directa; vale decir, cuando una cultura etnográficamente documentada es rastreada progresivamente hacia el pasado prehistórico mediante la información arqueológica. Esta tiene un claro e importante papel en el estudio de la historia indígena, en especial para el período prehistórico; lo cual no significa que no deban usarse los datos de la arqueología como base para generalizar respecto de la conducta humana. Más bien se trata de señalar que los arqueólogos deben estar preparados para reconocer como una actividad científica válida el uso de información arqueológica con propósitos históricos.

HISTORIA INDIGENA

Convendría proponerse un estudio amplio de la historia de los pueblos indígenas de América del Norte, desde las épocas más tempranas hasta la actualidad, en tanto actividad científica válida en sí misma, como también por el valor social que puede tener. Para tratar la totalidad de la evidencia documental es esencial la metodología que ha sido desarrollada dentro del marco de la etnohistoria; también a la arqueología prehistórica y a las tradiciones orales les cabe un papel pro-

minente, mientras que varias disciplinas auxiliares hallarán una función más importante que en el estudio de la historia de los blancos.

La historia indígena debe plantearse las más altas exigencias de objetividad y precisión científica si aspira a lograr su más plena potencialidad. Poco se habrá obtenido de valor duradero si se reemplazan los relatos duros y muchas veces hostiles del papel de los indígenas en la historia por trabajos superficiales de tipo sentimental o apologetico; en especial aquellos que tratan,

de empleos como historiadores y arqueólogos; ellos aportarán nuevos e importantes puntos de vista, toda vez que podrán imprimir a los estudios de historia indígena un sentimiento más profundo de su verdadera relevancia.

Una satisfactoria ampliación de la historia, que abarque a los pueblos nativos de América del Norte no como apéndice de los blancos, sino como grupos que merecen ser estudiados por propio dere-



consciente o inconscientemente de presentar la conducta indígena según los estereotipos que acepta el público blanco liberal. Sólo se lograrán comprensión y respeto hacia los indígenas y por ellos cuando se establezcan las mismas pautas de análisis para juzgar el papel histórico de los mismos, como las que rigen en los estudios de la historia de los blancos. Esto allanará el camino para comprender a los indígenas como gente que tiene sus propias ambiciones valederas, y que además, frente a enormes dificultades, ha podido conducir sus asuntos e interactuar con los blancos de manera tan competente como la llamada gente civilizada. Es también esencial que los indígenas reciban formación profesional y se les

cho, ayudará a que esta gente sienta orgullo por su pasado, al igual que otros pueblos en todo el mundo. También dará a indígenas y blancos una comprensión más cabal de los factores que han conformado las circunstancias presentes de los primeros. Una ciencia más veraz permitirá a estos esforzarse con mayor efectividad para superar sus actuales dificultades.

Hay quienes afirman que la historia no es una disciplina científica objetiva; otros sostienen que, en el mejor de los casos, da a las sociedades un cartabón mitológico o una bandera política y, en el peor, que es una forma peligrosa de propaganda. Si bien con frecuencia los estudios históricos reflejan consciente o inconscientemente las convicciones

políticas o religiosas de sus autores, prejuicios similares han ejercido en otras ciencias sociales una influencia no menos perniciosa en la búsqueda de leyes. Desde hace muchas generaciones una diversidad de puntos de vista ha intervenido en la elaboración de la historia, y en la medida en que esta diversidad prospera en los países democráticos, tiende a desenmascarar los prejuicios, confiando a la historia un grado de objetividad que refuta a sus críticos más resueltos. Es imposible negar que el estudio de la historia indígena se enfrenta con problemas especiales de objetividad. Durante cientos de años los escritos históricos han ignorado el importante papel que han tenido los indígenas en el desarrollo del Canadá y los Estados Unidos, a la vez que han mantenido y reforzado los prejuicios respecto de los indígenas que en gran parte son producto de la hostilidad y la ignorancia. Recientemente a estos se les han opuesto contra-estereotipos, aunque en la realidad sólo tratan de conferir a las culturas indígenas tradicionales valores que son aprobados por los blancos. Esto, de todos modos, no excluye la posibilidad de que la historia de los pueblos indígenas esté sujeta a las mismas pautas rigurosas que rigen para la historia de otros pueblos.

La arqueología prehistórica tiene mucho que ganar al estar, por un lado, estrechamente vinculada con el estudio amplio de los pueblos autóctonos de América del Norte y, por otro, tratando ella misma de producir dentro de la historia. Esto no significa que sea necesario abandonar los objetivos de explicación y retornar a la simple, si bien importante, cronología cultural que caracterizaba a la disciplina norteamericana antes de la "nueva arqueología". La afirmación de los "nuevos arqueólogos" de que la historia y la cronología cultural son sinónimos, sería incomprensible para un prehistoriador europeo, quien considera la explicación del registro arqueológico como su objetivo principal. En un contexto histórico, las leyes o regularidades no son buscadas como fines en sí

mismas, sino como medios para explicar secuencias específicas de desarrollo socio-cultural.

A través de una más estrecha asociación con la historia indígena, la arqueología prehistórica puede adquirir una comprensión más profunda de los problemas que en la actualidad enfrenta, de modo tal que superaría con amplitud los reclamos exigidos de la "nueva arqueología" respecto de la pertinencia de sus formulaciones teóricas. En virtud de que en América del Norte la prehistoria está más próxima al presente que en Europa, la arqueología obtendría una mayor relevancia, que la que podría tener en el contexto de la cultura europea, para comprender la cultura indígena americana contemporánea; pero a la arqueología europea se le reconoce importancia como fuente de información respecto a los desarrollos regionales en los aspectos ecológicos y culturales. Si para los norteamericanos blancos la prehistoria de Canadá y los Estados Unidos pudiera llegar a tener un significado personal, más que un interés etnológico, la sociedad se vería en gran medida beneficiada.

La arqueología prehistórica de América del Norte enriquecería sus perspectivas teóricas en una asociación con la disciplina de la historia, con la cual no tiene casi vínculos en la actualidad; esta situación sería doblemente beneficiosa, ya que sus nexos con la antropología seguirían siendo importantes. Es cierto que esta relación se basaría más en el interés común por las culturas indígenas de América del Norte, que en el declarado objetivo de generalizar con respecto a la naturaleza de la cultura; pero aún esta última actividad se vería estimulada

-más que disminuída- por un enfoque histórico de la prehistoria que también fuera verdaderamente explicativo.

La orientación histórica también estimularía una aproximación totalizadora para el estudio de las culturas prehistóricas. En la medida que la información arqueológica deja de ser considerada como un mero material de laboratorio para corroborar una variada colección de hipótesis, los arqueólogos se sentirán en la necesidad de extraer la mayor cantidad de información de cada aspecto de la cultura, la cual les permitirá comprender el desarrollo prehistórico de la región que estudian. De esta manera, la información adquiere valor por la relevancia que tiene para entender una específica, y por

tanto única, secuencia histórica.

Por último, aunque he hecho hincapié en que la cronología no es un fin en sí mismo, una aproximación histórica ayudará a rescatar el interés por los problemas cronológicos los cuales han sido considerados como implícitos por la "nueva arqueología". En cierto grado, esta tendencia ha imitado a la antropología social al ignorar los marcos temporales, tratando sus datos como si pertenecieran al un "proceso etnográfico" atemporal (Sterud 1976:85). Pocos arqueólogos han revelado tan sensible atención al significado potencial de los factores cronológi-

cos como lo ha demostrado Mark Cohen (1977) en su reciente estudio comparativo del origen de la producción de alimentos. En consecuencia, el enfoque histórico ayudará a estimular la consideración de los factores cronológicos y su significado.

CONCLUSIONES

Comencé este trabajo preguntándome qué era la etnohistoria y cuáles debían ser sus relaciones con la arqueología. He sostenido que si bien es posible aislar un grupo específico de métodos para estudiar la historia de los pueblos ágrafos, no hay motivo para diferenciarlos de aquellos que poseen escritura; por etnohistoria -en consecuencia- parecería entenderse que los indígenas y otros grupos ágrafos carecen de verdadera historia. Prefiero abandonar la denominación de etnohistoria y que se le designe, en cambio, simplemente como historia.

También he sostenido que los hallazgos de la arqueología prehistórica juegan un importante papel en el estudio de la historia de los pueblos indígenas de América del Norte. No quiero sugerir que los arqueólogos no traten de utilizar los datos arqueológicos para corroborar hipótesis generales sobre la conducta humana sino que esta información también se use como un medio para ampliar y enriquecer la historia indígena. Este enfoque puede llevar a los prehistoriadores y etnohistoriadores dentro del marco más amplio de la historia indígena; sin duda, contribuirá a eliminar la dicotomía acuñada por el hombre blanco que define la historia como el estudio de sí mismo, y la antropología como el estudio de los otros pueblos.



BIBLIOGRAFIA

- Bailey, A.G. *The Conflict of European and Eastern Algonkian Cultures*. 1505-1700. New Brunswick Museum, St. John. 1937.
- Binford, L.R. Comments. *Current Anthropology*. Vol. 8, No. 3, pp. 234-235. 1967.
- Childe, V.G. *The Dawn of European Civilization*. Kegan Paul. London. 1925.
- Cohen, M.N. *The Food Crisis in Prehistory: Overpopulation and the Origins of Agriculture*. Yale University Press. New Haven. 1977.
- Hickerson, Harold. *The Chippewa and their Neighbors: A Study in Ethnohistory*. Holt, Rinehart and Winston. New York. 1970.
- Innis, H.A. *The Fur Trade in Canada*. Yale University Press. New Haven. 1930.
- Redfield, R., R. Linton and M.J. Herskovits. Outline for the Study of Acculturation. *American Anthropologist*. Vol. 38, pp. 149-152.

- Spicer, E.H. (editor) *Perspective in American Indian Cultural Change*. University of Chicago Press. Chicago. 1961.
- Spicer, E.H. *Cycles of Conquest*. University of Arizona Press. Tucson. 1962.
- Spicer, E.H. Acculturation. D.L. Shils, ed. *International Encyclopedia of the Social Sciences*. Vol. 9, No. 2, pp. 83-91. 1968.
- Sterud, E.L. Comments on Relative Chronology. *Norwegian Archaeological Review*. Vol. 9, No. 2, pp. 83-91. 1976.
- Trigger, B.G. *The Children of Aataentsic: A History of the Huron People to 1660*. 2 volumes. McGill-Queen's University Press. Montreal. 1976.

* "Ethnohistory and Archaeology". *Ontario Archaeology*, No. 30, pp.17-24. Traducción por José Antonio Pérez.